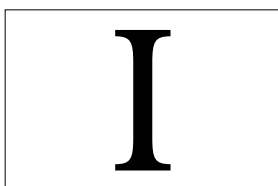


Un American Scholar

IN MEMORIAM BRAD P. DEAN

ANTONIO CASADO DA ROCHA



Imagina, si puedes, un filólogo profesional conduciendo una Harley-Davidson.

En ‘The American Scholar’ (1837), Ralph Waldo Emerson describió el prototipo del intelectual americano

como una fuente original: no el loro del pensamiento de otros, sino un hombre cuyo vocabulario fuese una vida de acción sin cortapisas y cuya inteligencia abarcase no sólo los clásicos, sino también “the literature of the poor, the feelings of the child, the philosophy of the street, the meaning of household life”.¹

Dejando de lado la cuestión de si “intelectual” traduce adecuadamente “scholar”, renunciaré a definir este término por intensión y pasaré directamente al ejemplo: así como Henry David Thoreau llegó a encarnar esa figura para Emerson, Bradley P. Dean es la mejor representación del intelectual americano que me ha sido dado conocer en persona.

Este ex-soldado que comenzó a leer a Thoreau en el calabozo, este investigador de manuscritos del siglo XIX por todas las bibliotecas del país, tenía 51 años cuando murió el 14 de enero de 2006 en Bloomington, víctima de un ataque al corazón. Tras pasar buena parte de su vida profesional a distancia del mundo académico, cuando no en abierta oposición a él, acababa de ser reclutado por la Universidad de Indiana. Era el director del *Thoreau Society Bulletin* y había publicado tres libros y numerosos artículos sobre Thoreau.

En su tarjeta de visita todavía se leía “Independent Scholar”.

Sus tres libros eran ediciones de obras de Thoreau: *Faith in a Seed and Wild Fruits*,² ambas reconstrucciones de proyectos póstumos, que Brad editó a partir de manuscritos dispersos por archivos y colecciones privadas, y *Letters to a Spiritual Seeker*,³ una antología de las magníficas cartas de Thoreau a H. G. O. Blake, que hasta entonces sólo podían leerse en la agotada edición de 1958. En el momento de su muerte, se encontraba trabajando en los *Indian Notebooks* de Thoreau, cuya publicación ya había contratado.

No es nada fácil rescatar con rigor los escritos de un autor fallecido hace casi siglo y medio. Brad dedicó a ello su tesina (sobre las conferencias previas a *Life without Principle*) y su tesis doctoral (los manuscritos que se convertirían en *Faith in a Seed*). Cuando lo hizo, renovó por completo los estudios sobre Thoreau, tomando el testigo de Walter Harding, fallecido a su vez en 1996.

Pero no sin polémica. En una reseña de *Faith in a Seed*, Leo Marx le acusó de ser un ecocentrista, o sea, uno de los “puritanos dentro del actual movimiento ecologista”.⁴ Ciertamente, conocía a algunos de esos puritanos de la costa este, ya que fue el “Resident Scholar” del Thoreau Institute sito en los bosques de Walden desde su creación hasta 2002. Pero no idealizaba a la naturaleza ni la colocaba fuera o por delante del hombre: su concepto de lo salvaje lo había aprendido tanto de Thoreau como de un alce que escuchó cazando con su padre en la espesura. Y cuidaba con

tanto mimo su pistola y su moto como su colección de libros del siglo XIX.

Brad era un hombre del Oeste, ese Oeste que Thoreau convirtió en símbolo de lo silvestre que *Walking*. Le gustaba la comida italiana y la palabra “unhandselled”, que Thoreau tomó de Emerson: “The scholar loses no hour which the man lives... Not out of those, on whom systems of education have exhausted their culture, comes the helpful giant to destroy the old or to build the new, but out of unhandselled savage nature, out of terrible Druids and Berserkirs, come at last Alfred and Shakespeare.”⁵

Un gigante útil, de él podría decirse lo mismo que Emerson dijo de Thoreau en su funeral: “The scale on which his studies proceeded was so large as to require longevity, and we were the less prepared for his sudden disappearance. The country knows not yet, or in the least part, how great a son it has lost. It seems an injury that he should leave in the midst his broken task which none else can finish, a kind of indignity to so noble a soul that he should depart out of Nature before yet he has been really shown to his peers for what he is.”⁶

Injury, indignity: una ofensa indigna desaparecer así. La última vez que nos vimos fue durante el verano de 2004, en Concord, cuando participamos en el encuentro anual de la Thoreau Society. Le acompañé por los bosques de Walden mientras mostraba a dos periodistas de la BBC el lugar exacto donde Thoreau había plantado su campo de judías, que Brad había descubierto tras cotejar documentos de la época y el texto de *Walden*.

A quienes me miraban como a un extranjero les decía: “This is his country, too: Thoreau’s country”.

Más tarde, tomando una cerveza en el porche del Colonial Inn, hablamos de una compañera de la Society a la que habían diagnosticado un cáncer. Brad citó de memoria el pasaje de *Walden* que le había enviado, su favorito: “If the day and night be such that you greet them with joy, and life emits a fragrance like flowers and sweet-scented herbs, is more elastic, more immortal—that is your success.”⁷

La generosidad era su virtud cardinal. Exigía de los demás tanta independencia como reclamaba para él mismo, lo que le hacía parecer intimidatorio al principio, pero con el tiempo su sociabilidad y entusiasmo rompía cualquier barrera. En tres meses no lo vi aburrirse jamás, ni fue aburrido vivir bajo su techo, o más bien bajo su suelo. Esa generosidad le trajo algunos disgustos. El bibliotecario del Thoreau Institute copió sin permiso todos sus ficheros, y poco después publicó una ambiciosa edición de *Walden* en la que no concedía crédito alguno a sus datos.⁸

Fue hablando con él como advertí que la vida humana posee una dimensión social y una dimensión natural y que Thoreau describía lo libre y lo silvestre como los dos polos de atracción ética en cada una de esas dimensiones, afirmando de paso que resulta imposible separarlas. Brad veía un fértil campo de trabajo filosófico en esa unión de lo libre y lo silvestre, en busca de

1. RALPH W. EMERSON, *El intelectual americano*, ed. bilingüe de J. M. Gavilán y P. Derrick, Universidad de León, León, 1993, pp. 44, 60, 76, 78.

¹ HENRY D. THOREAU, *Faith in a seed: the dispersion of seeds* ¹ RALPH W. EMERSON, *El intelectual americano*, ed. bilingüe de J. M. Gavilán y P. Derrick, Universidad de León, León, 1993, pp. 44, 60, 76, 78.

¹ HENRY D. THOREAU, *Faith in a seed: the dispersion of seeds and other late natural history writings*, ed. by Bradley P. Dean, Island Press, Washington 1993; *Wild Fruits*, ed. by Bradley P. Dean, W. W. Norton and Co., New York, 1999.

2. HENRY D. THOREAU, *Letters to a spiritual seeker*, ed. by Bradley P. Dean, W. W. Norton & Co., New York, 2004.

3. LEO MARX, ‘The Struggle Over Thoreau’, *The New York Review of Books*, June 24, 1999, p. 60-1.

4. *El intelectual americano*, pp. 62, 64.

5. HENRY D. THOREAU, *Walden and Resistance to Civil Government*, Authoritative Texts, Journal, Reviews and Essays in Criticism, ed. by William Rossi, W. W. Norton & Co., New York, 1992, p. 333.

6. HENRY D. THOREAU, *Walden*, ed. de J. Alcoriza y A. Lastra, Cátedra, Madrid, 2005, p. 252: “Si el día y la noche son tales que los saldaís con alegría y la vida desprende una fragancia como las flores y las hierbas aromáticas, y es más dúctil, más estrellada, más inmortal, es vuestro éxito”.

7. HENRY D. THOREAU, *Walden: A Fully Annotated Edition*, ed. by Jeffrey S. Cramer, Yale UP, New Haven, 2004.

8. BRADLEY P. DEAN, ‘Introduction’, *Letters to a spiritual seeker*, p. 17.



un nuevo concepto de lo bueno, ni ecocéntrico ni antropocéntrico, que verificase lo dicho por Thoreau en *Walking*:

“All good things are wild and free.”

Solía citar el párrafo 44 de ‘Desobediencia civil’, en el que Thoreau recomienda a los que no conozcan “fuentes más puras de verdad”, quienes no hayan rastreado su curso a más altura, que “estén con la Biblia y con la Constitución, y beban de ellas con reverencia y humildad”; pero a aquéllos “que contemplan de dónde gotea el agua a este lago o a ese estanque”, Thoreau les recomienda “ceñirse los lomos una vez más” y continuar su “peregrinación hacia el manantial”.

Una vez que tuvo que rellenar un cuestionario, en la casilla de religión puso “New England Transcendentalist”.

Hablaba de sí mismo cuando escribió de Thoreau: “His vision of life as a pilgrimage *toward* the fountainhead of truth is one that many will find salutary. Fundamentally, it is a spiritual vision, and every one of the world’s great scriptures articulates it, each in its own fashion. The Way, the Light, the Tao, the Life. These, Thoreau believed, were all one, all Truth — each simply a different articulation of the human sense of the divine, a manifestation of the religious impulse unique to a particular time and place.”⁹

Quería volver a visitar Europa, e intentó varias veces obtener financiación para un congreso de estudios culturales en el que diferentes especialistas, venidos de diferentes países y tradiciones, pudieran comparar conceptos que para Brad poseían una gran afinidad: entre otros, el de lo salvaje en Thoreau, el del Tao chino, y el del “duende” en la obra de Federico García Lorca. Le ayudé a ponerse en contacto con Ian Gibson, pero creo que el proyecto no terminó de cuajar. Yo mismo no me tomé demasiado en serio su comparación entre Thoreau y Lorca, pero estos días he vuelto a leer su ‘Juego y teoría del duende’:

“El duende es un poder y no un obrar, es un luchar y no un pensar... No es cuestión de facultad, sino de verdadero estilo vivo; es decir, de sangre; de viejísima cultura, y, a la vez, de creación en acto. Este *poder misterioso que todos sienten y ningún filósofo explica* es, en suma, el espíritu de la Tierra, el mismo duende que abrasó el corazón de Nietzsche.”¹⁰

Y el de Brad.

9. FEDERICO GARCÍA LORCA, *Obras completas*, III: Prosa, Círculo de Lectores, Barcelona, 1997, p. 151.